

OTRA VEZ LA VIOLENCIA: ¿Cuándo se fue?

JOSÉ SARAVIA ESTRADA

Resumen.- *El autor analiza la conducta de generaciones diferentes frente a un proceso histórico y descubre la presencia de estrategias diversas para enfrentar el mismo. La autoridad que emerge del éxito en la consecución de los resultados pronto se transforma en suficiencia y falta de reactividad cuando el escenario se vuelve a presentar a la vez que se despliega el abanico de respuestas que en su momento resultaron insuficientes. Se evidencia la permanencia del proceso creído concluido y se alerta sobre los mecanismos usados para enfrentarlo y que corresponden a los fines de aquellos que se trata de negar.*

Palabras clave: Violencia, autoridad, regla práctica, negacionismo

Summary.- *The author analyzes the behavior of different generations facing a historical process and finds out the presence of various strategies confronting the same situation. The authority which emerges from the success in achieving the results soon becomes sufficiency and lack of reactivity when the stage returns and unfolds the range of responses that, in a given time, proved insufficient. It is placed in evidence the permanence of the believed completed process, and alerting about the mechanisms used to confront it, which correspond to the purposes of those being denied.*

Key words: Violence, authority, practical rule, negationism

¿Cuánto hay de apología a la violencia cuando se desconoce la naturaleza singular de esta? ¿Hasta dónde se puede exigir una delimitación precisa de la violencia real cuando no queda aún clara la definición de la misma para sus propios actores? ¿Qué es lo que nos da el derecho de juzgar o invalidar la apreciación del otro cuando el juez no fue lo suficientemente consciente, y sí lo bastante indiferente, cuando lo que le indigna en el presente apenas provocó una tibia reacción en su momento?

Una respuesta aparentemente razonable a varias de estas preguntas podría ser la autoridad que parece originarse en la experiencia. No obstante, dicha autoridad tiende a confundirse con mucha frecuencia con la desvalorización y el irrespeto del otro, como si su falta de vivencias lo inutilizara para comprender un razonamiento lógico simple.

Es altamente probable que lo que esté sucediendo sea una especie de proyección en la que quien hace las veces de juez esté atribuyendo al otro la misma falta de credenciales de las que hizo gala en su momento.

El adulto descalifica al joven y al adolescente en lo que resultó desaprobado en la ocasión en la que lo intentó. No estamos diciendo que el caso sea el de un fracaso final en el intento de alcanzar lo que se desea, sino que el éxito resulta de una suma de derrotas. Es por eso que de lo que estamos hablando es de una experiencia y no de una simple sensación, percepción o vivencia.

La clave de toda experiencia es que se trasciende a sí misma en la formulación de una regla práctica, que produce la impresión que el fracaso se ha alejado de nuestro accionar porque se ha conseguido el éxito buscado.

Lo que no llega a reconocerse es la provisionalidad de todo resultado y, por tanto, no se le atribuye el valor principal a lo que posee: el proceso que condujo a la enunciación de la regla práctica exitosa. En lugar de eso se valora y se resalta el resultado como si la regla práctica ignorara la naturaleza siempre variable de los mismos problemas, como si nuestra esperanza nublara nuestra razón y pudiera hacernos olvidar la verdad.

Lo que diera la impresión que no tuviéramos presente los adultos es el proceso que nos ha conducido a esa especie de experticia que parece proporcionarnos la autoridad para enseñar y para corregir. Al pensar que es más que suficiente pasar la instrucción a la generación siguiente, caemos en el error de suponer que el sujeto y las condiciones no han variado.

En la medida en que esta conclusión se funda en el asentimiento antes que en la demostración se arraiga fuerte y profundamente en la conciencia de la persona lo que se traduce en una conducta irreflexiva que le quita validez a todo aquel que piense de forma diferente.

La persona, en nuestro caso un adulto, se refugia en la aparente seguridad que le proporciona su experiencia. El problema de ese refugio es que no permite ver la forma en que ha ido cambiando su entorno porque se caracteriza por dar por concluido el proceso de aprendizaje ahí donde se ha alcanzado un cierto nivel de control sobre lo que lo exigía, representado este a través de la resolución de un problema.

Esta especie de parálisis espontáneamente provocada por el éxito es la que convierte en invisible no solo la subsistencia, sino la evolución y desarrollo del problema aparentemente resuelto. Las personas dejan de ocuparse del problema porque lo juzgan cerrado. Esto implica que lo entienden como algo que ha dejado de ser relevante porque se ha logrado un cierto nivel de control sobre él que lo neutraliza, o simplemente le quita su estatuto ontológico al atribuirle inexistencia.

En todo caso, lo que está sucediendo es un error de apreciación fácilmente entendible, pero no por eso menos grave y problemático. El éxito siempre es provisional, las reglas prácticas que permiten que las experiencias dejen aprendizajes

son valiosas, no en tanto resultados, sino en la medida en que ejercitan en la técnica para obtenerlos.

Lo único que puede transformar esa provisionalidad en una virtud, o en algo valioso, es la adquisición y el perfeccionamiento de esa técnica. Podría resultar válido preguntarse si es que dicha técnica se perfecciona más en la medida en que se aplica a los mismos problemas o si lo hace tratando de resolver nuevos.

Quizás la respuesta esté en un punto intermedio. El hecho de cambiar de punto de atención podría ser estimable, ya que le otorga mayor versatilidad a la técnica en su aplicación: el resolver problemas de diferente orden y naturaleza puede proporcionar la suficiente plasticidad para que se haga adaptable. Sin embargo, una aplicación de la misma a un problema recurrente puede darle a esta un mayor grado de penetración en la naturaleza del problema, incluso haciendo posible su predicción y su anticipación. Y es que un problema nunca es el mismo, lo que hace que tengamos que reformular nuestras caracterizaciones previamente enunciadas.

El inconveniente es que cuando el adulto se indigna de que las nuevas generaciones no sean capaces de discriminar una legítima reivindicación de una apología a la violencia, no se dan cuenta que la crítica que hacen es producto de un efecto refractario en el que el objeto reflejado se encubre en el reflejo. Lo que parece ignorar es su lugar dentro del reparto de responsabilidades de lo que está ocurriendo. La situación evidencia el doble problema anteriormente enunciado. Por un lado, la forma de violencia hasta ese instante desaparecida estaba al menos en estado de latencia, sino abiertamente modificada bajo un aspecto distinto y con una serie de características que no la hacían reconocible.

Por otro lado, la experiencia acumulada al conseguir el control suficiente y la sensación de seguridad no se supieron aprovechar porque se confundió el resultado al considerar que el éxito alcanzado era definitivo. Esta aparente resolución del problema hace que se descuide no solo la atención a los rezagos de ese tipo de violencia sino que se asuma con desinterés el trabajo formativo de prevención en las generaciones nuevas.

El resultado es el esperado, y lo que esto implica es una forma de respuesta ineficaz de parte de quienes deberían tener la iniciativa. Frente a la irrupción de un escenario bien conocido, la reacción se va a parecer mucho a la que se dio con anterioridad; es decir, la impresión que queda es que esa comunidad pareciera estar enfrentando esa situación por primera vez.

Si tomamos en cuenta que hay de por medio experiencia acumulada debería aparecer una respuesta articulada y eficiente que ponga en práctica lo aprendido, ya no para prevenir, sino para mitigar o solucionar el problema del modo más rápido posible, pero esta no aparece de ninguna otra manera más que como reactividad, como espontánea irracionalidad. Ante el recuerdo de lo que se creía superado y hasta extinto, se reacciona negándole su estatuto ontológico e invalidando a sus portavoces, a la vez que se ignoran sus afirmaciones y sus argumentos.

Solo se trata de matices sobre una misma base de color.

En un contexto perdido en la memoria, se los confundió con ladrones de ganado, con parte de una avanzada de la revolución proletaria internacional, lo que no permitió que se reconocieran sus particularidades ideológicas locales ni las concesiones que se tomarían con las que, en teoría, habrían de ser sus bases de apoyo.

Aunque las diferencias son notorias, la actitud con respecto a los jóvenes entusiasmos amparados en la defensa de fines equivocados genera una respuesta poco inteligente por parte de los actores políticos actuales.

No se trata de una reacción desmesurada o desproporcionada, sino que se puede convertir en eso en el mediano plazo. Y es que el mayor error es que la respuesta de las instituciones de la sociedad civil es asimilable a las más funestas reacciones que se dieron dentro del contexto anterior.

Si tomamos en cuenta que la iniciativa legal para enfrentar este nuevo brote mediático de un discurso que no se condice con las exigencias de una vida ciudadana es acallar cualquier referencia al mismo, nos daremos cuenta que se está optando por lo que ha venido a llamarse “negacionismo”.

Esto es, se declara políticamente incorrecto y fuera de la ley todo acto y todo juicio que trate de explicar o de proponer las causas o las razones que engendraron aquella violencia y que parecen estar detrás de la actual. Es como si la conducta del terrorista fuera irreductible a nuestra razón; es como si dicha conducta solo permitiera la posibilidad de su calificación valorativa, y que esta no pudiera ser más que negativa porque lo que no se puede entender no puede sino valorarse de ese modo.

Lo realmente preocupante de esta actitud no es que los hechos sean irreductibles a una explicación, algo así no solo no existe sino que no puede existir, sino que revela una suspensión del derecho y del deber de entender.

El problema es que se está creyendo que encontrar la forma de explicar algo es lo mismo que haber hallado el medio de justificarlo. Se trata de dos cosas distintas: entender o explicar es identificar las causas o las razones por las cuales las cosas suceden. Tiene que ver con el orden del conocimiento y del saber. En cambio, justificar algo no tiene que ver directamente con el conocimiento, sino con la acción. No basta con que algo tenga una o más causas para que esto suceda y tampoco es que, porque hay algo que lo explica, que lo que esté ocurriendo tenga que ocurrir. Se necesita algo más que una causa o una explicación para que algo se realice, se requiere que esa causa o esa razón se revele como necesaria.

Esto implica que en el caso no es que estemos frente a algo que escape por completo de los límites de nuestra comprensión, sino que su materialización resulta tan horripilante que nos induce a pensar que está fuera de lo racional. La brutalidad con la que se nos revela es tan ajena que nos cuesta mantener un nivel de cordura en

nuestras acciones y un mínimo de sensatez en nuestras afirmaciones. No es que se trate de algo imposible de comprender, lo que incrementa su bizarría, sino que nos resistimos a incluir algo así dentro de la esfera de lo razonable.

Aun cuando nos cueste aceptarlo, esa conducta y el despliegue de eventos que supone está más en el lado nuestro de lo que quisiéramos creer. Nuestra sola respuesta desorientada y desatinada ante él es una forma sutil, pero directa de evidenciar esto.

Cualquiera puede ser capaz de encontrar explicaciones e identificar las raíces de una conducta de esa naturaleza. No obstante, eso no hace que resulte más justificable. No es difícil entender por qué una persona decide negarse a escuchar, o siquiera a reconocer al que enarbola una bandera asociada a un discurso violento que no se quedó en la mera enunciación.

Es posible enumerar cada una de las razones que llevan a una persona a actuar de esa manera. Pero eso no hace que la conducta que materializa esa apreciación se legitime. Explicar no es justificar. Encontrar una serie de causas o razones no implica de modo necesario que las conductas asociadas a ellas se conviertan de pronto en acciones realizables.

Se puede explicar la conducta de un terrorista, pero eso no hace que sea legítima. Se puede explicar la conducta que lleva a confundir una explicación con una apología, y aún más, con una militancia. No obstante, eso tampoco las legitima. El error en ambos casos está en hacer esa especie de salto dialéctico. Lo que en ambos casos falta es la cuota de razón que los hace necesarios, esa cuota de universalidad que los haga realizables.

No se trata de hacer que todo sujeto en toda ocasión actúe de acuerdo o conforme a ella, lo que sería difícil tomando en cuenta la imperfección propia de la conducta humana, sino de que el individuo considere como máxima de su acción la posibilidad de que cualquier sujeto en una situación similar haría algo así.

En ninguno de los dos casos se ha realizado un ejercicio de esa naturaleza. Al contrario, se ha asumido el rol de legislador universal que convierte la apreciación personal, o seudo colectiva, en ley.

Ambas posiciones pierden su legitimidad al considerar el paso de la reflexión a la acción sin que se haya justificado racionalmente este. Así pues, explicar no es justificar, tener motivos no implica que se tenga que desencadenar una acción en consecuencia; que estén dadas las condiciones no supone que estas vayan a producir hechos. Y menos aún si una de las causas de ellos es la voluntad humana, y menos aún, si esta se nutre de reflexión.

Al final, los rivales terminan por confundirse, ya que pierden su legitimidad por las mismas causas, y lo más grave, la diferencia que sí existe entre ambos se disuelve y desaparece producto de la falta de necesidad en la que se fundan sus conductas.